

¡Ay! no soy robusta encina,
Firme del cierzo á la saña,
Sino humilde y frágil caña,
Que al menor soplo se inclina.
Bajo el brazo omnipotente
Veis mi frente
Postrarse humilde, Señora;
Decidle, pues, que ya es hora
De que se extienda clemente.

Del árbol de mi esperanza
Secas las flores, cayeron,
Y cual humo leve huyeron
Mis sueños de bienandanza:
Así, no pido alegría,
¡Virgen pía!
Ni horas de dicha serenas;
Sino paciencia en las penas
Y paz en la tumba fría.

CÁNTICO.

IMITACIÓN DE VARIOS SALMOS.

Mortíferos vapores
Ya respirando á vista del infierno;
Mi vida fatigada con dolores
Por torcedor interno;

Humillada mi frente
Y sumergida entre la vil escoria,
Vi al enemigo alzarse, é insolente
Proclamar su victoria.

Pero en el trance extremo,
Sintiendo de la muerte el férreo lazo,
Clamó mi corazón al Ser Supremo
Y me confié á su brazo.

Llegó mi grito al cielo,
Aunque de alzarse á tal altura indigno....
Llegó mi grito al Dios de mi consuelo,
Que lo escuchó benigno.

Lo escuchó; vió mi afrenta
Desde la majestad de su almo trono,
Y de prolijos males le di cuenta,
Gimiendo mi abandono.

Protector de mi vida
Se hizo al punto mi Dios; se alzó indignado;
Y ya el alma sentí fortalecida
Por su soplo sagrado.

Bajo sus pies las nubes
Se desplegaron, cual alfombra inmensa,
Y en alas de los fúlgidos querubes
Descendió á mi defensa.

¡Cual al mirar su saña
Tembló medrosa la terrestre esfera,
Rodando de su asiento la montaña
Como líquida cera!....

¡Cuál volvió las espaldas
Mi enemigo cruel de espanto lleno!.....
Mas—como niño á las maternas faldas—
Yo me acogí á su seno.

Así de la ominosa
Servidumbre, por fin mi alma ha salido;
Pues él oyó, como de dulce esposa,
De la esclava el gemido.

Por su clemencia sola
Curó mi herida, restañó mi llanto....
¡Y ora me ciñe espléndida aureola
De regocijo santo!

Recibiré enseñanza,
Sujetándome á justa disciplina,
Y estará, ¡oh Dios! segura mi esperanza
De tu bondad divina.

¡Todo en el universo
Proclama esa bondad, que humilde adora!
¿No es el sol—de tu luz espejo terso—
De vida gran tesoro?

Él sale á tu mandato,
Cual nuevo esposo del caliente lecho,
Y el nocturno vapor, al fuego grato,
Cae en perlas deshecho.

Natura palpitante
Gérmenes brota á su calor fecundo,
Mientras él corre á paso de gigante
La redondez del mundo.

Las nubes á tu acento
Se convierten en lluvia bienhechora,
Y según tus designios vuela el viento
Y el agua se evapora.

Corren doquier los ríos,
Como señalas tú, ¡Rey soberano!
¡Del ecuador hasta los polos fríos
Llega tu augusta mano!

Un día al otro día
Manda, mi Dios, que tu poder alabe;
Y cada noche nos custodia pía
Tu protección suave.

¿Quién como tú benigno?
¿Quién como tú terrible y poderoso?
Mas no es mi labio de alabarte digno;
Se calla respetuoso.

¡Pero mira mi anhelo!
¡Haz que mi alma, Señor, por ti se inflame;
Y dale la pureza, dale el celo
Con que quieres te ame!

Amarte debo, ¡oh fuerte!
¡Oh soberano! ¡oh salvador! ¡oh eterno!
¡Porque tu brazo destronó á la muerte
Y acerrojó al infierno!

¡Bendita, pues, tu gloria!
¡Bendita, Dios de amor, tu omnipotencia;
Y haz que al dejar la tierra transitoria,
Gocemos tu presencia!

LA CRUZ.

¡Canto la Cruz! ¡Que se despierte el mundo!
¡Pueblos y reyes, escuchadme atentos!
¡Que calle el universo á mis acentos
Con silencio profundo!
¡Y tú, supremo Autor de la armonía,
Que prestas voz al mar, al viento, al ave,
Resonancia concede al arpa mía,
Y en conceptos de austera poesía
El poder de la Cruz deja que alabe!

Se asombra el orbe, se conmueve el cielo,
De ese nombre al lanzar eco infinito,
Que aterroriza al inmortal precito
En su mansión de duelo.
¡Canto la Cruz! El ángel, de rodillas,
Postra á tal voz la luminosa frente;
Tú, excelso querubín, tu ciencia humillas;
Y del amor las altas maravillas,
Absorto adora el serafín ardiente.

Alzad vuestro pendón brillante y puro,
¡Oh de la fe sublimes campeones!
Y que su luz dirija las naciones
Al porvenir obscuro.

Sólo él, que á miles las victorias cuenta,
Disipar puede sombras y vestiglos....
Sólo él, que eterno la verdad sustenta,
Y—como en firme pedestal— se asienta
En la cerviz de diez y nueve siglos.

¡Alzad, alzad vuestro estandarte regio,
Á cuyo aspecto hundiéronse al abismo
Los dioses del antiguo paganismo,
Desde su Olimpo egregio!
¡Alzadlo, cual lo alzó resplandeciente
—Como emblema de triunfo— Constantino
Sobre el cesáreo lauro de su frente,
Las águilas de Roma armipotente
Parias rindiendo al lábaro divino!

Alzadlo cual le halló— noble, pujante,
Más fuerte que los pueblos y los reyes—
Sobre escombros de razas y de leyes
El bárbaro triunfante.

Por sus bridones con desprecio hollado
Fué el esplendor romano envejecido;
Mas de esa Cruz ante el poder sagrado
Detúvose el torrente desbordado,
Y el ruego al vencedor dictó el vencido.

Alzadlo cual se alzó, piadoso y bello,
Á ennoblecer bajo su blando yugo
El que al destino descargar le plugo
De América en el cuello.
Dió un paso el tiempo, y á su influjo vario
—Que tan pronto derriba como encumbra—
Ya no es de un mundo el otro tributario;
Mas inmutable al signo del Calvario
El sol del Inca y del Azteca alumbra.

¡Alzad la Cruz! Su apoyo necesita
La vacilante humanidad.— Doquiera
¿No la veis, á la par doliente y fiera,
Cuál convulsa se agita?
Lanzada entre problemas pavorosos,
Y á impulsos, ¡ay! de un vértigo profundo,
¿Qué le valdrán esfuerzos dolorosos,
Si de esa Cruz los brazos poderosos
No hallan asiento en que descansa el mundo?

Alzad, alzad vuestro pendón divino,
Símbolo de salud, cifra de gloria,
Pues sólo y siempre explicará la historia
Del humano destino.
¡Alzadlo! que los siglos él presida,
Como la ígnea columna del desierto,
Que entre las sombras, de esplendor vestida,
Para alcanzar la tierra prometida
Señalaba á Israel camino cierto.

¡Alzad la Cruz, con cuyo austero nombre
Su progreso marcó la era cristiana,
Mostrándole ella, en acta soberana,
La libertad del hombre!
Fué su conquista, y ella la afianza;
Diciendo al porvenir, como al pasado,
Que sólo en ella la igualdad se alcanza,
Pues son sus brazos la única balanza
Donde pesan al par cetro y cayado.

Allí también la omnipotente diestra
Pesó el valor del mundo.... ¡oh maravilla,
Que si del hombre la razón humilla,
Su dignidad demuestra!
¡Sí! pesó al mundo la eternal justicia,
Pesólo por alzar el que lo abate,
Yugo cruel de la infernal malicia....
Y en aquél tanto amor cargó propicia,
Que la vida de un Dios fué su rescate.

Por eso en los ásperos brazos
Del leño sagrado, se ostentan
Las manos que al orbe sustentan,
Las manos que rigen al sol.

Por eso en gemidos se ahoga
La voz que á la nada fecunda,
Velada por sombra fecunda
La luz de la gloria de Dios.

Tú expiras, ¡Autor de la vida!
La muerte contigo se ensaña.....
Mas rota quedó la guadaña
¡Al darte su golpe cruel!

Alzado en tu trono sangriento,
Su trono por siempre derrumbas.....
¡Los muertos, rompiendo sus tumbas,
Recogen tu aliento postrer!

El rey de la tierra, probando
Fatal fruto del árbol de ciencia,
La muerte nos dió por herencia,
Y esclavos nos hizo del mal.

El Rey de los cielos, cual fruto
Del árbol de amor, nos convida,
La patria nos vuelve y la vida;
¡Por padre al Eterno nos da!

¡Florece, Árbol santo, que el astro
De eterna verdad te ilumina,
Y el riego de gracia divina
Fomenta tu inmensa raíz!

¡Florece, tus ramas extiende.....
La estirpe de Adán, fatigada,
Repose á tu sombra sagrada
Del uno al opuesto confín.

¡Te acaten pasando los siglos,
Y tú los presidas inmoble,
Y toda rodilla se doble

Al pie de tu eterno vigor!.....

Los cielos, la tierra, el abismo,
Se inclinen si suena tu nombre.....
¡Tú ostentas á Dios hecho hombre!
¡Tú elevas el hombre hasta Dios!
